

## LA PRIMERA AVENTURA EDITORIAL: LA BIBLIA

Pierre Chuvin

En: Bottéro, Jean, et Al., *Introducción al antiguo Oriente; de Sumer a la Biblia*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996, Págs. 271-275.

Actualmente no hay libro más traducido y conocido que la Biblia. Prodigiosa fortuna para los textos sagrados y las crónicas de un pueblo poco numeroso y brillante, instalado en Palestina desde el siglo XI a.C. En los siglos que siguieron, mientras se hundían lentamente las orgullosas civilizaciones de Egipto y Mesopotamia, la de los hebreos no sólo subsistió, sino que se difundió por el mundo antiguo, llevada por un libro leído asiduamente por los judíos, los cristianos y los musulmanes.

En el origen de este progreso, la conquista del Oriente Próximo por los macedonios de Alejandro (334-323) hizo que los griegos descubrieran a los judíos y que estos últimos emprendieran casi de inmediato la traducción de la Biblia llamada, ya veremos por qué, «de los Setenta» (un trabajo de larga duración, pues se empezó a principios del siglo III a.C. y requirió unos dos siglos para completarse). Recientemente se han publicado dos excelentes obras que tratan de este periodo y esta empresa. [*Études sur le judaïsme hellénistique*, Congrès de Strasbourg (1983), Éd. du Cerf, París, 1984 (cf. en particular los estudios de G. Vermes y M. Goodman ¡excelente!, A. Paul. J. de Waard, y R. Le Déaut); *Le Monde grec ancien et la Bible*, bajo la dirección de Cl. Mondésert, Beauchesne, París, 1984 (cf. en particular los estudios de P. Lamarche, R. Arnaldez, M. Simon, y A. Le Boulluec). Así mismo, recordemos que en la enorme serie titulada *Aufstieg and Niedergang der römischen Welt* (De Gruyter, Berlín-Nueva York), el tomo II, 19 vols. 1 y 2 (1979) está dedicado al judaísmo en la época helenística y romana colaboraciones en inglés, alemán y francés).]

Una primera precisión: cuando los «Setenta» se pusieron manos a la obra, la Biblia hebrea todavía no estaba formada. Existía, por un lado, la Torá, es decir, la Ley, cinco libros atribuidos a Moisés (el Pentateuco de los cristianos), y por otro una serie de textos que luego se clasificaron en «Profetas» (los «portavoces» de Dios) y en... «otros libros»; las alusiones a obras que no han llegado hasta nosotros indican que no se recopiló toda la herencia. En cambio, se añadieron textos más recientes: Daniel o «el Siracida», un libro traducido por el nieto del autor en 132 a.C. En el canon (la presentación de referencia) judío, el número total de estas obras asciende a 22, tantas como las letras del alfabeto hebreo. En la misma época los griegos dividían la *Iliada* y la *Odisea* en 24 cantos cada una, tantos como las letras del alfabeto griego. Este detalle tiene su importancia, pues la Biblia se tradujo al griego en un ambiente en el que los distintos pueblos del Oriente mediterráneo se codeaban y compartían ciertas costumbres intelectuales.

Pero ¿de dónde salió la idea de semejante empresa? Según la tradición judía, fue un encargo de Tolomeo II Filadelfo, rey de Egipto (285-246). Este rey, lo mismo que su padre, fue un insaciable coleccionista de libros. Durante los reinados de ambos, un sacerdote egipcio, Manetón, expuso en griego la historia, las creencias y los rituales de su país, y se dice que participó en la instauración del culto grecoegipcio de Serapis en Alejandría. En Babilonia, otro sacerdote, Beroso, escribió las *Chaldaica* «Obras sobre Caldea», dedicadas a Antíoco I Sóter (285-261). La traducción de la Biblia podría incluirse, pues, en una corriente general, en la que la curiosidad de los griegos por los pueblos sometidos se combinaba con el deseo de explicarse que tenían estos últimos.

Pero las obras de Manetón y Beroso naufragaron. Sólo se conservan algunos restos, mientras que la Biblia nos ha llegado intacta. Además, curiosamente, la traducción no fue obra de un solo autor, sino de setenta y dos. Estas dos singularidades tienen la misma explicación, y para entenderlas debemos hablar brevemente de la situación de los judíos de la época. Su lengua de uso común ya no era el hebreo, sino su primo el arameo. Y cuando los reyes macedonios de Siria (los seléucidas) o de Egipto (los lágidas) enviaron a judíos de Judea o Babilonia a varios lugares de sus posesiones (Alejandría, Frigia) -en general como colonos militares-, estos grupos de la «dispersión» (diáspora en griego) sustituyeron el arameo por el griego. Hasta entonces, en las asambleas religiosas, los textos se leían en hebreo (que no era del todo incomprensible para un público arameizante), y luego se leía una traducción-comentario en arameo, llamada targum. El targum no sustituía al texto hebreo, sino que lo acompañaba. Como ninguno de los dos resultaba adecuado para la comunidad de

habla griega de Alejandría, ésta tuvo que preparar un texto comprensible, y así nació la traducción de los Setenta. Cada una de las doce tribus proporcionó seis sabios, que trabajaron por separado y luego confrontaron sus versiones. ¡Milagrosamente, resultaron ser idénticas!

Todos los años los judíos de Alejandría celebraban con una fiesta este don que Dios les había concedido. Por el contrario, cuando en el siglo II d.C. el conjunto de los judíos volvió al hebreo para el culto, el día en que había nacido «la Setenta» se consideró tan funesto como el día en que Israel había adorado al becerro de oro. No por el hecho de que el texto se hubiera traducido, sino porque a esta traducción se le había dado un valor de referencia que dispensaba de remitirse al original hebreo. Pero la Setenta sobrevivió, conservada por las ramas separadas del judaísmo (en primer lugar, por los cristianos). Fue la señal de partida de un gigantesco proceso de aculturación, del que surgió, en el siglo IV d.C., el Imperio cristiano y, en definitiva, nuestra civilización.

#### DE «SHALOM» A «¿CÓMO ESTÁ USTED?»

En efecto, la Setenta no es sólo una traducción, sino también una adaptación inteligente y meditada. Se advierte en algunos detalles, a veces divertidos. Cuando en el texto hebreo llega un personaje y dice «Shalom», en el texto griego dice: «¿Cómo está usted?». Cuando Tamar se prostituye, en el texto hebreo se lee «ella se cubrió con un velo». Pero para los griegos una mujer decente debía llevar velo al salir de casa, de modo que los Setenta traducen: «se maquilló», lo que la distinguía de las mujeres decentes y además -verdadera sutileza- la ocultaba como un velo, porque el maquillaje heleno era muy espeso. Evidentemente, algunas de estas interpretaciones tienen alcance teológico. Sin duda, el motivo por el que la expresión metafórica «la Roca» (ha-tsur) se sustituye por el término no metafórico «Dios» (Theos) es hacerla más inteligible. Pero para traducir el famoso «caos» que designa, al principio del Génesis, el estado de la tierra antes de la Creación, hoy la traducción ecuménica de la Biblia utiliza la expresión «desierta y vacía»; la Setenta interpretaba «invisible a informe», lo cual tiene otras implicaciones.

#### PAULO, EN LATÍN

No debemos pensar que se trata de falsos sentidos, o de contrasentidos. Estas interpretaciones son conscientes, y a menudo los modos de reflexión que reflejan son comunes al griego y al hebreo. Así, la palabra hebrea «todopoderoso» (shadday) es interpretada por los Setenta como «aquel que basta», por aproximación a shè-day, que efectivamente tiene este sentido. ¡Una «etimología» que habrían hecho suya Platón o cualquier otro personaje de la Antigüedad! En sus partes más antiguas, la Setenta es un valioso testimonio de una comunidad cultural floreciente. [A. Momigliano, *Sagesses barbares*, Maspéro, Parfs, 1979 (caps. 4 y 5)]

Testimonio valioso, pero no único. En efecto, no hay que separarlo de una literatura judía de lengua hebrea y griega, que la exégesis católica llama «intertestamentaria» porque, en su mayor parte, se produjo durante el período que separa el Antiguo Testamento del Nuevo, es decir, los tres últimos siglos antes de nuestra era. Esta denominación de «intertestamentaria» es doblemente inexacta, porque algunos libros del Antiguo Testamento datan precisamente de este período, como hemos visto, y, por otra parte, la predicación de Cristo no puso punto final a esta literatura. Incluso se podría sostener que, desde un punto de vista rabínico, los Evangelios forman parte de ella, dada su gran diversidad. En ella encontramos el mesianismo de los «Libros de Henoch», de los que nos han llegado fragmentos en hebreo, hallados en las cuevas de Qumrán entre los «manuscritos del mar Muerto» (que se presentaron en París en junio de 1985), [Exposición Terre d'Israël, rêves et réalités, en el Grand-Palais, del 6 de junio al 31 de julio de 1985.] secciones más extensas en griego, recopiladas por los cristianos. Pero también encontramos, por ejemplo, el refinamiento literario de Ezequiel el Dramaturgo, que escribió la tragedia Moisés con un estilo parecido al de Eurípides, aunque en el fondo permanece fiel a la visión judía del personaje. Esta amplia gama explica la irradiación de un judaísmo antiguo que sólo se recogió en sí mismo cuando fue obligado por la fuerza, y en el que cabe citar, además de los traductores anónimos de la Setenta, a otros destacados artífices. Elegiremos a tres, más o menos contemporáneos entre sí, del siglo I d.C. El más viejo, Filón de Alejandría, sólo tenía un conocimiento superficial del hebreo, y reflexiona sobre la Biblia con las categorías de la filosofía griega. El más joven, Flavio Josefo, nacido en Jerusalén y conocedor de la lengua de la Torá, optó por someterse a los romanos que aplastaron la rebelión de sus hermanos, y escribir y

pensar en griego sobre la historia judía, reciente o más antigua. Entre ambos, un rabino nacido en el sur de Asia Menor hizo más que cualquier otro para que al menos parte del mensaje bíblico fuera transmitido al conjunto del mundo grecorromano. Pero con este rabino, Saulo de Tarso, Paulo en latín, se anuncia una ruptura con la que vivimos todavía. [Nota del editor: desde la publicación de este artículo se ha editado una traducción francesa de la Biblia de Alejandría, bajo la dirección de M. Harl, en Éd. du Cerf. Segundo volumen: *Le Deutéronome* (junio de 1992), y M. Harl, G. Dorival y O. Munnich, *La Bible grecque des Septante, du judaïsme hellénistique au christianisme ancien*, Éd. du Cerf/CNRS, París, 1988]